

Al oirla sin consideracion ya de ningun género ó la comicion de los señores, estalló en un llanto tan copioso y amargo, que sus hijos que estaban en las piezas interiores no pudieron menos que venir corriendo á ver lo que le pasaba.

—¡Hijos del alma ha muerto vuestro padre! . . . exclamó Doña Beatriz al verlos arrojándose cubierta de lágrimas en sus brazos.

—¡Ah madre querida! ¿Qué es esto por compacion? . . . repetian tambien los niños presos de una cruel amargura.

Tal espectáculo desolaba el alma y no era posible contemplarlo con indiferencia. Pronto el palacio se vió lleno por todas las principales señoras de la capital que venian á acompañar á Doña Beatriz y á sus hijos en tan terribles circunstancias.

Mas callemos hay algunas impreciones cuya fuerza es tan grande que las profana la pluma queriéndolas describir es imposible, y por lo mismo pasando en silencio estos primeros instantes, adelantemos algo el curso de los acontecimientos que despues de este se subcedieron.

Dicen los historiadores que Doña Beatriz en el exceso de su desesperacion mandó desde luego

convertir el palacio en un sepulcro mortuorio, pintándolo todo de negro, interior y exteriormente sin escluir el mas pequeño retrete.

No comió ni durmió algunos dias, ni consentia que tratasen de consolarla; toda era lágrimas, gemidos, voces, gritos, arrebatos y desatinos como si estuviera fuera de si. En fin, era tan estremosa en sus manifestaciones, que esto exedia á toda ponderacion.

Y sinembargo, hay contrastes que no dicen bien con los pesares íntimos, y este se observó sin duda muy pronto en Doña Betriz.

Por nueve dias continuos se hicieron tanto en la ciudad como en las cercanias, exequias magnificas por el Adelantado; pero pasados estos dias de riguroso duelo, Doña Beatriz que parecía no tener ya mas espíritu para nada; mandó llamar á palacio al Obispo, Alcalde y Regidores de la ciudad, y trató con ellos que la eligiesen Gobernadora en lugar del Adelantado su esposo; ¡tristes aberraciones á que la ambicion conduce, y cuanto insultan ellas al verdadero pesar y sentimiento, con un proceder tan indigno!

En efecto, no obstante la carta del Virey en que se encargaba que un hombre gobernase en

nombre de SS. MM., tuvieron tal fuerza las expresiones de Doña Beatriz, que se le nombró en efecto Gobernadora con todos los poderes del Adelantado su esposo.

Poco tiempo después se le manifestó este nombramiento, y ella juró entonces sobre la Cruz de la vara de gobernacion en forma de derecho, que guardaría y cumpliría toda lo que debía, recibiendo dicha vara de mano de D. Francisco de la Cueva.

¿Por qué memorias tan respetables podrán profanarse de este modo?..... y ¿por qué el llanto de un pesar profundo, podrá borrarlo la mas miserable de las pasiones quitándole así, toda su fuerza y su inmenso prestigio? ¿Por qué los hombres son miserables, y las creaturas no pueden subir mucho, sin caer aun mas pronto!

Quando se verificaron estos acontecimientos en la ciudad de Santiago; el cielo que la servia de boveda se hallaba oscuro y cubierto de nubes, y el agua no cesaba de caer á torrentes, como si la llenara de un luto anticipado por el daño que se le esperaba, ó bien tambien porque parecia llorar los últimos y tristes acontecimientos. Sin embar-

go, este temporal pasó, y los ánimos se fueron quietando.

Pero un gran suceso se le preparaba á esta ciudad, jóven aun y naciente. Se hallaba construida en la falda de un volcan de agua, y algunas veces se habian hecho sentir ya varios estremecimientos, esto sin duda alguna ponía en alarma á los habitantes, pero como todo pasaba sin causar grandes extragos, el temor tambien muy presto se mudaba en la mayor calma y tranquilidad. ¡Es que no habia llegado aun el instante marcado por el Omnipotente para que se efectuara la catástrofe que llenó de espanto á la ciudad entera!

Hallábase Doña Beatriz fungiendo en su empleo de Gobernadora quando de nuevo aquel temporal que poco ántes se sufriera se repitió con mas fuerza todavia, poniendo los ánimos en gran alarma.

Tres dias continuos con sus noches sin haber en ellos el menor descanso, el agua caía á torrentes pareciendo que un nuevo diluvio se preparaba á la tierra, si no se tuviera presente la promesa que el Señor nos tenia hecha de no castigar otra vez al mundo con semejante pena.

Era el 11 de Setiembre de 1541 cuando los habitantes de Guatemala no sin muy justa alarma por aquel temporal deshecho, se recojieron en sus lechos á la hora del descanso.

Serian las dos de la mañana cuando un temblor de tierra como jamas allí se habia sentido por su extraña fuerza y duracion, despertó á todos llenándolos del mayor temor.

El Volcan de agua en aquellos momentos dicese que daba saltos terribles como queriendose arrancar de cuajo, ó bien que minado en su interior, hacia esfuerzo por abrirse en diversas partes y arrojar el fuego que contenia en su seno.

Los habitantes despavoridos y comprendiendo el inmenso peligro que les amenazaba, de lo primero que trataron fué de huir léjos de la ciudad, y temiendo que la catástrofe no diera tiempo para nada; muchos en camisa y en la mas triste figura, salieron huyendo de sus casas para alejarse lo mas pronto posible de aquel lugar, interumpiendo el silencio con gritos y lamentos lastimeros, muchos de ellos cubiertos de lágrimas, creyendo llegado ya el dia último de los tiempos.

¡El cuadro no podia ser mas aterrador! Las madres con sus hijos en los brazos y otros á su lado, parecian querer volar en su carrera, y sin embargo bien á menudo los continuos estremecimientos de la tierra, ó la fuerza misma del

agua que no cesaba, les hacia detenerse con el semblante desencajado, y elevando al oscuro cielo sus ojos humedecido por el llanto para implorar del Omnipotente misericordia y perdon!

—Hallábanse en esta situacion tan terrible creyendo que era el último dia de su vida, cuando un ruido inmenso, mayor sin duda al del más fuerte trueno se hizo oír; la tierra tembló con mas fuerza aun, causando tal pavor en los pobres habitantes que cayeron simultaneamente sin darse cuenta de lo que hacian.

Poco despues este ruido se repitió con mayor fuerza, y comenzó á bomitar el Volcan una lluvia de piedras semejante á granizo, pero tan fuerte y copiosa, que en los arrabales llevaba tras sí las casas.

Despues de esto, desprendiéronse peñascos y un golpe de agua, mayor sin duda al del mas caudaloso rio, cubrió pronto la ciudad arrancando algunas de sus casas, y ahogando á muchos infelices.

¡El espectáculo era tan aterrador, que su vista sola habria sido bastante para causar la muerte!

—Penetremos un instante en el corazón de Doña Beatriz cuando tales acontecimientos se verificaban, estando aun tan reciente el terrible golpe que le anunciara la pérdida de su esposo el Adelantado D. Pedro de Alvarado,

—Hallabáse esta en su lecho como la mayor parte de los habitantes de la ciudad cuando se sintió el primer temblor; aterrorizada y llena de un temor creciente se levantó á toda prisa, y dejando los aposentos bajos que dice el Historiador eran muy fuertes por ser las paredes de cantería, se subió corriendo á una pieza alta donde estaba su Oratorio; siguiéronla 12 Señoras principales que tenia en su casa acompañándola, por haberse ido sus maridos con el Adelantado, y una vez unidas todas, con mucha devoción y lágrimas, comenzaron á clamar al Señor, Doña Beatriz con mas fuerza aun que nadie, como que comprendia que le tenia mas ofendido y disgustado con sus exageraciones tan indibidas; para implorar con mas fervor aun la misericordia divina, se subió sobre el altar abrazando los pies de un crucifijo que le servia de retablo, y comenzó á decirle millores de ternezas y suplicas fervientes,

En estos momentos un temblor mas fuerte se hizo sentir, y la pieza que estaba ya resentida con los temblores pasados, se desplomó de golpe sobre Doña Beatriz y sus fieles amigas, quienes

no pudiendo evitar la desgracia comenzaron á hacer actos de contrición para recibir la muerte, que cual espectro inflexible se presentó con su formidable guadaña.

¡Quién puede describir en toda su terrible fuerza tan lamentable acontecimiento!.....

Sin embargo, aun en medio de tan angustiada situación no faltaron personas animadas con el santo celo de la caridad, que en vez de pensar en si mismas se ocupaban en prestar á los necesitados todos los mayores servicios que les era dado.

Siendo la casa del Adelantado una de las que por su situación corria mayor peligro en la ciudad, dió desde luego orden el Obispo para que fuese atendida lo mejor posible; pero hé aqui que ninguno se atrevió á entrar á ella, porque una baca negra y vermeja, con un cuerno quebrado en el que traia arrastrando una soga como si hubiera arado con ella, daba tan espantosos bramidos arremetiendo velozmente á los que se presentaban con el objeto de penetrar en el palacio y acometiendo tanto á los que con mas valor lo intentaron, que ya nadie se quiso esponer, y tuvieron que retirarse.

Con la luz del dia se hechó de ver el estrago que habian hecho el terremoto y el agua; apare-

reció el Volcan truncado y disminuido considerablemente, todo acanalado con la fuerza del agua que arrojó de sí; su falda llena de piedras enormes que se arrancaron de su seno; la ciudad desierta; cubierta de lodo y sieno; los lugares de muchas cosas desamparados, con las ruinas que dejaron entre sus escombros á sus moradores; árboles grandísimos que cayeron de los montes atravesados en las calles impidiendo el paso, y los que pudieron salvar, no podían menos que verse mutuamente asombrados.

¡Más quién entre ellos no tenía alguna pérdida que lamentar?..... ¡ay! para muchas sus tiernos hijos, sus queridas esposas, sus venerados padres, sus bondadosas hermanas, no existían ya; y se habían quedado solos en el mundo, con una amargura cruel en medio del corazón!.....

En todos los semblantes se retrataba el mas profundo pesar y la mas amarga tristeza.

Entre muertos y heridos dice Remesal que fueron 600 las personas víctimas del Volcan, y sin embargo no por eso se dejó de tener la mayor caridad con los que pudieron salvarse, empleando toda eficacia con los pobres heridos, y buscando entre los escombros para ver si alguno se hallaba aun con vida; siendo el primero en dar este ejemplo el Obispo, y Fr. Pedro de Angulo con el Cura Godines, quienes sin disputa fueron los que

trabajaron mas y con mayor abnegacion, como que los animaba el fuego de la caridad.

Los cuerpos de Doña Beatriz de la Cueva, Doña Juana de Arteaga y las demas señoras que murieron con ella, los hizo el Obispo enterrar con toda la honra y solemnidad que entonces fué posible.

Mas muy natural es que querramos saber como Doña Beatriz murió y no pudo sobrevivir á esta terrible catástrofe, y sin embargo sus hijos que con ella vivían en el palacio fueron salvos.

Esto es lo que vamos á referir, aunque no podemos hacerlo con la extencion que quisieramos.

Los niños, que no debemos darles ya este nombre puesto que se encontraban en plena adolescencia, dormían tranquilos en sus respectivos cuartos cuando el terremoto y el ruido del Volcan los despertó como á todos los habitantes de la ciudad.

En aquel momento Doña Beatriz temblando y cubierta de lágrimas, pasó por donde estaban y les dijo: "A la capilla hijos míos, vamos á implorar la misericordia de Dios."

Doña Leonor y su hermano que era un poco mas pequeño que ella se tomaron de la mano trémulos y llenos de pavor, y comenzaron no sin

gran trabajo á subir las escaleras del palacio hasta que llegaron al Oratorio.

Una vez allí postrados junto á su madre llorosos como ella y con el corazon atribulado comenzaron á implorar la proteccion del cielo; pero cuando Doña Beatriz se subió al altar para abrazar el Crucifijo, los temblores aumentaron tanto que depavoridos los niños se salieron apresuradamente de la Capilla, temiendo lo que poco despues acaeci6.

En vano á su madre llamaron, haciéndole partícipe de sus temores y pidiéndole huyesen al campo donde estaban mas seguros; Doña Beatriz no se ocupaba mas que de pedir el auxilio del Señor, y á nada atendia: ¡era que Dios la tenia ya marcada su hora en el reloj del destino eterno, y esas manecillas infalibles no sufren alteracion ninguna!

Doña Leonor y su hermano sin darse cuenta de lo que hacian, y pensando quizás que su madre los seguia, asiéndose fuertemente de la mano salieron del palacio y con mucho trabajo se dirijieron al campo lo mas pronto que les era posible: en su imaginacion juvenil les horrorisaba

la idea de morir aplastados entre las cuatro paredes de un cuarto, y por eso ansiaban por verse en el campo sin mas techo que el firmamento y sin mas límites cercanos que el horizonte mismo. ¡Esto fué sin duda lo que los salvó!

Cuando los niños se vieron al fin al aire libre y en despoblado, despues de haber pasado no pocos trabajos para lograrlo, teniendo que combatir con el agua y con los escombros, llegados que fueron lejos de la poblacion; entre un lago de agua y piedras que habia allí se encontraba al propio tiempo una tina bastante ámplia, que atrancada con unos árboles atravesados podia sin duda servir de abrigo. Los niños supieron aprovecharla bien y en esta pasaron el rato de la noche, bien que llenos de temor y angustia.

Sin embargo, habian tomado á pesar de su corta edad el camino mas prudente y gracias á esto lograron salvarse, pues si hubieran permanecido en el Oratorio habrian probablemente sido víctimas de la catástrofe como lo fué su pobre madre Doña Beatriz.

La mañana siguiente en que tan distinto el dia apareciera, sorprendió á los niños fatigados y rendidos, de modo que acomodándose lo me-